



DON JUAN MANUEL

(España, 1282-1348)

EL CONDE LUCANOR *CUENTO XXXV*

De lo que aconteció a un mozo que casó con una muchacha de muy mal carácter

Otra vez, hablando el conde Lucanor con Patronio, su consejero, díjole así:

-Patronio, uno de mis deudos me ha dicho que le están tratando de casar con una mujer muy rica y más noble que él, y que este casamiento le convendría mucho si no fuera porque le aseguran que es la mujer de peor carácter que hay en el mundo. Os ruego que me digáis si he de aconsejarle que se case con ella, conociendo su genio, o si habré de aconsejarle que no lo haga.

-Señor conde -respondió Patronio-, si él es capaz de hacer lo que hizo un mancebo moro, aconsejadle que se case con ella; si no lo es, no se lo aconsejéis.

El conde le rogó que le refiriera qué había hecho aquel moro.

Patronio le dijo que en un pueblo había un hombre honrado que tenía un hijo que era muy bueno, pero que no tenía dinero para vivir como él deseaba. Por ello andaba el mancebo muy preocupado, pues tenía el querer, pero no el poder.

En aquel mismo pueblo había otro vecino más importante y rico que su padre, que tenía una sola hija, que era muy contraria del mozo, pues todo lo que éste tenía de buen carácter, lo tenía ella de malo, por lo que nadie quería casarse con aquel demonio. Aquel mozo tan bueno vino un día a su padre y le dijo que bien sabía que él no era tan rico que pudiera dejarle con qué vivir decentemente, y que, pues tenía que pasar miserias o irse de allí, había pensado, con su beneplácito, buscarse algún partido con que poder salir de pobreza. El padre le respondió que le agradaría mucho que pudiera hallar algún partido que le conviniera. Entonces le dijo el mancebo que, si él quería, podría pedirle a aquel honrado vecino su hija. Cuando el padre lo oyó se asombró mucho y le preguntó que cómo se le había ocurrido una cosa así, que no había nadie que la conociera que, por pobre que fuese, se quisiera casar con ella. Pidióle el hijo, como un favor, que le tratara aquel casamiento. Tanto le rogó que, aunque el padre lo encontraba muy raro, le dijo lo que haría.

Fuese en seguida a ver a su vecino, que era muy amigo suyo, y le dijo lo que el mancebo le había pedido, y le rogó que, pues se atrevía a casar con su hija, accediera a ello. Cuando el otro oyó la petición le contestó diciéndole:

-Por Dios, amigo, que si yo hiciera esto os haría a vos muy flaco servicio, pues vos tenéis un hijo muy bueno y yo cometería una maldad muy grande si permitiera su

desgracia o su muerte, pues estoy seguro que si se casa con mi hija, ésta le matará o le hará pasar una vida mucho peor que la muerte. Y no creáis que os digo esto por desairaros, pues si os empeñáis, yo tendré mucho gusto en darla a vuestro hijo o a cualquier otro que la saque de casa.

El padre del mancebo le dijo que le agradecía mucho lo que le decía y que, pues su hijo quería casarse con ella, le tomaba la palabra.

Se celebró la boda y llevaron a la novia a casa del marido. Los moros tienen la costumbre de prepararles la cena a los novios, ponerles la mesa y dejarlos solos en su casa hasta el día siguiente. Así lo hicieron, pero estaban los padres y parientes de los novios con mucho miedo, temiendo que al otro día le encontrarían a él muerto o malherido.

En cuanto se quedaron solos en su casa se sentaron a la mesa, mas antes que ella abriera la boca miró el novio alrededor de sí, vio un perro y le dijo muy airadamente:

-¡Perro, danos agua a las manos!

El perro no lo hizo. El mancebo comenzó a enfadarse y a decirle aún con más enojo que les diese agua a las manos. El perro no lo hizo. Al ver el mancebo que no lo hacía, se levantó de la mesa muy enfadado, sacó la espada y se dirigió al perro. Cuando el perro le vio venir empezó a huir y el mozo a perseguirle, saltando ambos sobre los muebles y el fuego, hasta que lo alcanzó y le cortó la cabeza y las patas y lo hizo pedazos, ensangrentando toda la casa.

Muy enojado y lleno de sangre se volvió a sentar y miró alrededor. Vio entonces un gato, al cual le dijo que le diese agua a las manos. Como no lo hizo, volvió a decirle:

-¿Cómo, traidor, no has visto lo que hice con el perro porque no quiso obedecerme? Te aseguro que, si un poco o más conmigo porfías, lo mismo haré contigo que hice con el perro.

El gato no lo hizo, pues tiene tan poca costumbre de dar agua a las manos como el perro. Viendo que no lo hacía, se levantó el mancebo, lo cogió por las patas, dio con él en la pared y lo hizo pedazos con mucha más rabia que al perro. Muy indignado y con la faz torva se volvió a la mesa y miró a todas partes. La mujer, que le veía hacer esto, creía que estaba loco y no le decía nada.

Cuando hubo mirado por todas partes vio un caballo que tenía en su casa, que era el único que poseía, y le dijo lleno de furor que les diese agua a las manos. El caballo no lo hizo. Al ver el mancebo que no lo hacía, le dijo al caballo:

-¿Cómo, don caballo? ¿Pensáis que porque no tengo otro caballo os dejaré hacer lo que queráis? Desengañaos, que si por vuestra mala ventura no hacéis lo que os mando, juro a Dios que os he de dar tan mala muerte como a los otros; y no hay en el mundo nadie que a mí me desobedezca con el que yo no haga otro tanto.

El caballo se quedó quieto. Cuando vio el mancebo que no le obedecía, se fue a él y le cortó la cabeza y lo hizo pedazos. Al ver la mujer que mataba el caballo, aunque no tenía otro, y que decía que lo mismo haría con todo el que le desobedeciera, comprendió que no era una broma, y le entró tanto miedo que ya no sabía si estaba muerta o viva.

Bravo, furioso y ensangrentado se volvió el marido a la mesa, jurando que si hubiera en casa más caballos, hombres o mujeres que le desobedecieran, los mataría a todos. Se sentó y miró a todas partes, teniendo la espada llena de sangre entre las rodillas.

Cuando hubo mirado a un lado y a otro sin ver a ninguna otra criatura viviente, volvió los ojos muy airadamente hacia su mujer y le dijo con furia, la espada en la mano:

-Levántate y dame agua a las manos.

La mujer, que esperaba de un momento a otro ser despedazada, se levantó muy de prisa y le dio agua a las manos.

Díjole el marido:

-¡Ah, cómo agradezco a Dios el que hayas hecho lo que te mandé! Si no, por el enojo que me han causado esos majaderos, hubiera hecho contigo lo mismo.

Después le mandó que le diese de comer. Hízolo la mujer. Cada vez que le mandaba una cosa, lo hacía con tanto enfado y tal tono de voz que ella creía que su cabeza andaba por el suelo. Así pasaron la noche los dos, sin hablar la mujer, pero haciendo siempre lo que él mandaba. Se pusieron a dormir y, cuando ya habían dormido un rato, le dijo el mancebo:

-Con la ira que tengo no he podido dormir bien esta noche; ten cuidado de que no me despierte nadie mañana y de prepararme un buen desayuno.

A media mañana los padres y parientes de los dos fueron a la casa, y, al no oír a nadie, temieron que el novio estuviera muerto o herido. Viendo por entre las puertas a ella y no a él, se alarmaron más. Pero cuando la novia les vio a la puerta se les acercó silenciosamente y les dijo con mucho miedo:

-Pillos, granujas, ¿qué hacéis ahí? ¿Cómo os atrevéis a llegar a esta puerta ni a rechistar? Callad, que si no, todos seremos muertos.

Cuando oyeron esto se miraron de asombro. Al enterarse de cómo habían pasado la noche, estimaron en mucho al mancebo, que así había sabido, desde el principio, gobernar su casa. Desde aquel día en adelante fue la muchacha muy obediente y vivieron juntos con mucha paz. A los pocos días el suegro quiso hacer lo mismo que el yerno y mató un gallo que no obedecía. Su mujer le dijo:

-La verdad, don Fulano, que te has acordado tarde, pues ya de nada te valdrá matar cien caballos; antes tendrías que haber empezado, que ahora te conozco.

Vos, señor conde, si ese deudo vuestro quiere casarse con esa mujer y es capaz de hacer lo que hizo este mancebo, aconsejadle que se case, que él sabrá cómo gobernar su casa; pero si no fuere capaz de hacerlo, dejadle que sufra su pobreza sin querer salir de ella. Y aun os aconsejo que todos los que hubieran de tratar con vos les deis a entender desde el principio cómo han de portarse.

El conde tuvo este consejo por bueno, obró según él y le salió muy bien. Como don Juan vio que este cuento era bueno, lo hizo escribir en este libro y compuso unos versos que dicen así:

*Si al principio no te muestras como eres,
no podrás hacerlo cuando tú quisieres.*



DON JUAN MANUEL

(España, 1282-1348)

EL CONDE LUCANOR *CUENTO XLV*

Lo que sucedió al que se hizo amigo y vasallo del demonio

Una vez el conde Lucanor hablaba con Patronio, su consejero, y díjole así:

-Patronio, un hombre me dice que sabe, por medio de agüeros y brujerías, lo que ha de pasar, y que, si yo quiero, me podré aprovechar de su ciencia en beneficio mío, pero yo temo caer en pecado. Por la confianza que tengo en vos os ruego me digáis lo que os parezca que deba hacer.

-Señor conde -dijo Patronio-, un hombre que había sido rico se quedó tan pobre que no tenía qué comer. Como no hay en el mundo mayor desgracia que el infortunio para el que siempre ha sido dichoso, aquel hombre, que de tanta prosperidad había venido a tanta desventura, estaba muy triste. Un día que iba solo por un monte, muy afligido y muy preocupado, se encontró con el demonio. Como éste sabe todo lo que ha pasado, sabía por qué aquel hombre estaba tan triste: a pesar de ello, le preguntó la causa de su tristeza.

Él le contestó que para qué iba a decírselo, ya que no podía ponerle remedio. Replicole el demonio que si él quería obedecerle le remediaría, y que, para que viera que lo podía hacer, le diría en qué venía pensando y por qué estaba triste. Entonces le contó su propia historia y le dijo el motivo de su tristeza, como quien muy bien lo sabía.

Díjole también que, si quisiera hacer lo que él le dijese, le sacaría de la miseria y le haría más rico que nunca había sido ninguno de su linaje, pues era el demonio y lo podía hacer.

Cuando el hombre le oyó decir que era el demonio, tuvo mucho miedo, pero por la aflicción y penuria en que se encontraba le respondió que si le volvía a hacer rico, haría lo que quisiese.

Tened presente que el demonio busca el momento más a propósito para engañaros: cuando está el hombre en mucha estrechez o mucho abatimiento, o muy acuciado por el temor o el deseo de algo, consigue de él todo lo que quiere; por eso buscó el modo de engañar a este hombre al verle afligido.

Entonces hicieron un convenio y el hombre se declaró su vasallo. Hecho esto, le dijo el demonio que de allí en adelante fuera a robar, pues nunca encontraría puerta ni casa tan bien cerrada que él no se la abriera, y que si por casualidad se viese en algún peligro o le llevaran a la cárcel, no tenía más que llamarle diciendo: "Socorredme, don

Martín", para que él viniera inmediatamente a librarle de aquel peligro. Después de lo cual se separaron.

El hombre se dirigió, cuando vino la noche, a casa de un mercader, pues los que quieren hacer mal aborrecen la luz; al llegar a la puerta se la abrió el demonio, que hizo lo mismo con las arcas, de modo que pudo tomar una gran cantidad de dinero. Al día siguiente hizo un robo muy grande, y después otro, hasta que fue tan rico que ya no se acordaba de la miseria que había pasado.

El desgraciado, no satisfecho con haber salido de pobreza, siguió robando. Tanto robó que acabó por ser preso. En cuanto le prendieron llamó a don Martín. Don Martín llegó muy de prisa y le libró en seguida. Al ver el hombre que don Martín cumplía su palabra, volvió a robar, y tanto robó que llegó a ser muy rico.

En uno de estos robos fue otra vez preso y llamó a don Martín, que no vino tan de prisa como él quisiera. Los jueces del lugar donde había robado habían ya empezado a hacer sus pesquisas. Cuando llegó don Martín, el hombre le dijo:

-¡Ah, don Martín, cuánto miedo he pasado! ¿Por qué no habéis venido antes?

Contestole don Martín que estaba ocupado con un asunto muy urgente y que por eso se había retrasado. Inmediatamente le sacó de la cárcel.

El hombre volvió a robar. Al cabo de muchos robos fue de nuevo preso y, hecha por los jueces la indagación, fue condenado. Dada la sentencia, vino don Martín y le puso en la calle. Viendo que don Martín siempre le libraba, siguió robando. Otra vez fue preso y llamó a don Martín, pero éste no vino hasta que ya había sido condenado a muerte. Recurrió don Martín al indulto real y de este modo volvió a libertarle.

Siguió robando, fue otra vez preso y llamó a don Martín, pero cuando vino estaba el hombre al pie de la horca. Al verle le dijo:

-¡Ay, don Martín, que esto no era broma! No sabéis el miedo que he pasado.

Don Martín le dijo que le traía quinientos maravedíes en una escarcela, que se los diese al juez y que de esta manera quedaría libre. El juez había dado ya la orden de que le ahorcasen y estaban buscando cuerda para ello. Mientras la buscaban, llegó el hombre al juez y le dio la escarcela. Creyendo el juez que le había dado mucho dinero, dijo a las gentes que estaban allí:

-Amigos, ¿quién vio nunca que no hubiera sogas para ahorcar a un hombre? Yo creo que éste es inocente y que, como Dios no quiere que muera, falta la soga. Esperemos hasta mañana y veámoslo con más detención, que, si es culpable, tiempo nos queda para hacer justicia.

Esto decía el juez para librarle por el dinero que creía le había dado, pero cuando se apartó y miró la escarcela, en lugar de dinero halló dentro una soga. Inmediatamente le mandó ahorcar. Echándole el verdugo el dogal al cuello le pidió a don Martín que le socorriera. Replicó don Martín que él siempre ayudaba a sus amigos hasta ponerles en un trance así. De este modo perdió aquel hombre la vida y el alma por creer y fiarse del demonio.

Podéis estar cierto que nunca nadie se fió de él que no terminara de mala manera; fijaos en todos los que creen en agüeros o echan suertes, en los adivinos, en los que hacen círculos o encantamientos o cualquier otra cosa de éstas y veréis que siempre

acaban mal. Si no me creéis, acordaos de Álvaro Núñez y de Garcilaso, que tanto confiaron en agüeros y en brujerías y de cuál fue su fin.

Vos, señor conde, si queréis vivir bien y salvar el alma, confiad mucho en Dios, poned en él toda vuestra esperanza y esforzaos cuanto pudiereis por conseguir lo que os convenga, que Dios os ayudará; pero no creáis ni os fiéis de agüeros ni tentéis a Dios, que éste es uno de los pecados que a Dios más ofende y con los que el hombre más se aparta de Él.

El conde tuvo por muy bueno este consejo que Patronio le daba, obró según él y le fue muy bien.

Como don Juan viera que este cuento era muy bueno, lo hizo poner en este libro y escribió unos versos, que dicen así:

*El que en Dios no pone su confianza
tendrá muy mala muerte; sufrirá malandanzas.*